

Digitalizar y controlar: un *collage* de tecnologías vigilantes

Alejandro Segura Vázquez

Investigador y profesor colaborador de la UNED

El control y las nuevas máquinas

*Who Controls The Control Men Controls Men Control Who The Control Who The Men Controls
Who Controls The Men Control Controls Men Control The Who Control Who The Controls Men
Who Controls Control Men The Controls Who The Control Men Control Who Men Controls The*

Lo que ustedes acaban de leer justo arriba es «Pistol Poem No. 2» de William S. Burroughs. Se trata tan solo de un pequeño extracto; el poema completo se extiende hasta las cuarenta líneas, ordenadas así, como ven, en tres columnas. Ciento veinte frases en total y en cada una de ellas las mismas palabras, desordenadas así, como ven.

Tomando la expresión de Juvenal, *Quis custodiet ipsos custodes?*, Burroughs juega de manera singular a combinar todas las posibilidades de la traducción inglesa y ofrece una composición enigmática. Una composición donde la pregunta «Who controls the control men?» se revuelve sobre sí misma como si fuese una enredadera que serpentea paredes y verjas para asomarse a un afuera aún más intrincado. Como si sus palabras –*who, control, men...*– al intercambiar sus posiciones, alumbrasen de un solo golpe todas las perspectivas de un *collage* de miradas vigilantes que se cruzan.

La imagen lograda por Burroughs evoca una desconcertante alternancia vigilante-vigilado e ilustra una sociedad complicada en la difuminación de sus *locus* de control.¹ No en vano, la lectura del norteamericano ejerce una intensa influencia en la continuación que Guilles Deleuze hará del trabajo de Michel Foucault –quien también sentían una gran admiración por Burroughs– para describir el paso de las *sociedades disciplinarias* a las *sociedades de control*.² El brillante descifrado *foucaultiano* de una historia según la cual el

¹ La técnica empleada por Burroughs en esta composición se conoce como *cut-up*: el texto es aleatoriamente recortado y reordenado. Curiosamente Burroughs pensaba que la aplicación de esta técnica permitía prever el futuro, ya que creía que este se filtraba al cortar las líneas de palabras.

² Generalmente su novela *El Almuerzo Desnudo (1959)* es considerada la obra más influyente a este respecto.

poder afloja progresivamente el dominio sobre los cuerpos en favor de sutiles mecanismos de acción sobre las mentes encontró así una de sus mejores prolongaciones en una interpretación *deleuziana* que bebía directamente de la noción de 'control' de Burroughs.³

Tal y como explica Foucault, a partir del siglo XVIII, la interiorización de las disciplinas precisó lugares de reclusión bien definidos (la escuela, la fábrica, la prisión...) en torno a cuya vigilancia se erigió todo un 'arte' de la representación del orden social.⁴ Pero para Foucault, como también señala Deleuze, aquello no era más que la descripción de lo que poco a poco dejábamos de ser.⁵ Avanzada ya más de una década del XXI, los dispositivos vigilantes siguen siendo una referencia ineludible de ese orden; sin embargo, más allá de las instituciones de encierro, estos dispositivos se han ido reconfigurando al entrelazarse con el desarrollo de tecnologías informáticas que procuran formas de control más sofisticadas. El castigo, la cárcel, las disciplinas y su interiorización conviven ahora con un control abierto, insidioso y continuo habilitado por la paulatina digitalización de los espacios en los que nos relacionamos.

Sin duda que resultaría reduccionista atribuir exclusivamente a las 'nuevas máquinas' la autoría de este dibujo, pero estas herramientas confluyen de algún modo con toda una colección de factores psicológicos, sociales, políticos y económicos para configurar el ambiente invisible en el que nos desenvolvemos.⁶ Se trata de abordar aquí, concretamente, la manera en que nos relacionamos con las *tecnologías de la comunicación digital* y en qué medida, al hacerlo, las modulamos y somos modulados por ellas.

Y es que, aunque no quede agotada en ello, el desarrollo tecnológico remite directamente a una multiplicidad de posibilidades de vigilancia que contribuyen a alimentar la noción de control presentada. La ubicación por satélite de nuestro *smarthphone*, los chips RFID, los *drones*, el reconocimiento facial biométrico, la huella que dejamos en cada operación con nuestra tarjeta de crédito, las redes de espionaje masivo, la minería de datos o algo tan aparentemente trivial como acceder al estado de un contacto de *whatsapp* para comprobar su última conexión; son solo algunas de las incontables evidencias que dan testimonio de lo que Armand Mattelart ha llamado «un mundo vigilado».⁷ Esta amalgama de comportamientos y tecnologías parece ir tejiendo una malla social vigilante que extiende el control en múltiples direcciones, penetra en múltiples capas y, por tanto, dispara nuevas concepciones.

³ G. Deleuze, «Posdata sobre las sociedades de control», en C. Ferrer (ed.), *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo*, Altamira, Buenos Aires, 2000.

⁴ M. Foucault, *Vigilar y castigar*. Siglo XXI, Madrid, 2009.

⁵ G. Deleuze, *Op. cit.*

⁶ Véase M. McLuhan y Fiore. Q, *El medio es el masaje. Un inventario de efectos*, Paidós Studio 65, Barcelona, 2013.

⁷ A. Matterlart, *Un mundo vigilado*, Paidós Ibérica, Barcelona, 2009.

La subversión de la vigilancia

Los estudios sobre la vigilancia no han permanecido ajenos a este tejido incipiente y la metáfora de un ‘ojo único’ que todo lo ve ha ido perdiendo fuerza para dar cuenta de una realidad que se aparece cada vez más poliédrica. El *panóptico* de Bentham,^{*} que sirviera de modelo a Foucault en su descripción del papel de la vigilancia en las sociedades disciplinarias, se ve reformulado para las sociedades de control en distintas formas que constatan que el vigilante se ha desplazado definitivamente del centro para mezclarse con un vigilado cuyo lugar ya no está reservado al contorno. El método de inspección que regulaba una jerarquía vertical para disciplinar los cuerpos y las mentes da paso así a un ramillete de formas descentralizadas y horizontales que implica a sus protagonistas en una continua alternancia de roles. Así, Mark Poster emplea el término *superpanóptico* para referirse a una extensión que, más allá de los lugares de encierro, comprende todas las actividades de la vida.⁸ Por su parte, Thomas Mathiesen habla de *sinóptico*, enfatizando con ello cierta reciprocidad en los procesos de vigilancia, es decir, esa observancia mutua que expresábamos arriba como alternancia de roles y que abarca también al conjunto de nuestras prácticas relacionales.⁹

En este orden de cosas, topamos además con una realidad paradójica en la que las mismas tecnologías que son distribuidas a la población en el marco de una racionalidad gubernamental determinada, pueden ser empleadas por esa misma población para interpelar dicho marco. Pensemos, por ejemplo, en como un teléfono móvil puede servir a la policía para ubicar la localización de su propietario y, al mismo tiempo, ser empleado por este último para fotografiar o grabar un acto de violencia policial y ponerlo a circular en la red. Esto es una muestra de lo que Milton Santos ha llamado *contrarracionalidades*: usos subversivos de la tecnología.¹⁰ En una línea similar podríamos encuadrar también el término *sousveillance*, propuesto por Steve Mann para describir la observación desde ‘abajo’ en contraposición a una concepción clásica de la vigilancia desde ‘arriba’.¹¹

* El panóptico es un tipo de arquitectura carcelaria ideada por el filósofo utilitarista Jeremy Bentham hacia fines del siglo XVIII. El objetivo de la estructura panóptica es permitir a su guardián, guarnecido en una torre central, observar a todos los prisioneros, reclusos en celdas individuales alrededor de la torre, sin que estos puedan saber si son observados. El efecto más importante del panóptico es inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que garantiza el funcionamiento automático del poder, sin que ese poder se esté ejerciendo de manera efectiva en cada momento, puesto que el prisionero no puede saber cuándo se le vigila y cuándo no. Fuente: Wikipedia. N. del E.

⁸ Véase P. Rodríguez, «¿Qué son las sociedades de control?», *Revista Sociedad*, n° 27, pp. 177-192, 2008.

⁹ T. Mathiesen, «The viewer society: Michel Foucault’s Panopticon revisited», *Theoretical Criminology*, n° 1, pp. 215-234, 1997.

¹⁰ Véase L. Melgaço, «Security and Surveillance in Times of Globalization: An Appraisal of Milton Santos’ Theory», *International Journal of E-Planning Research*, Vol. 2, n° 4, pp. 1-12, October-December 2013.

¹¹ S. Mann, «Sousveillance: Inverse Surveillance in Multimedia Imaging» *Proceedings of the 12th Annual ACM International Conference on Multimedia*, ACM, pp. 620-627, 2004.

Recientemente diversos acontecimientos de los que se han hecho eco los medios pueden ser interpretados a la luz de estas consideraciones. Edward Snowden, el soldado Manning o Julian Assange son algunos de los nombres propios de esas historias. Snowden, antiguo empleado de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA), destapó la existencia del programa secreto de espionaje PRISM por el que, entre otras cosas, el Gobierno estadounidense establecía acuerdos con los gigantes de la red (Google, Facebook, Microsoft, etc.) para obtener información de sus usuarios. En su caso, Manning, analista de inteligencia del ejército de EEUU, proporcionó a Wikileaks documentos confidenciales sobre las guerras de Afganistán e Irak y cables diplomáticos secretos. Posteriormente Wikileaks, cuya cara más visible es Assange, filtró estos documentos a través de su propio sitio web haciéndolos accesibles a la opinión pública.

Estas historias ponen de relieve algunas de las paradojas que venimos describiendo. Por un lado, muestran la persistencia de los gobiernos por ejercer una vigilancia 'arriba-abajo' a través de las tecnologías de la comunicación digital y, por el otro, la creciente capacidad de individuos particulares y organizaciones ciudadanas para servirse de estas ya no solo para fiscalizar o denunciar, sino también para difundir efectivamente determinadas prácticas de esos gobiernos. Se observa, por tanto, una reciprocidad vertical manifiesta entre los procesos de vigilancia 'arriba-abajo' y 'abajo-arriba'.

Bien es cierto que estos dispositivos tecnológicos que se cruzan no implican necesariamente proporcionalidad ni en cuanto a la intensidad de la vigilancia, ni en cuanto a la capacidad de alcance de unos y otros. Además, parece evidente que el control de las comunicaciones convive aún con la coerción y con la disciplina ejemplarizante del encierro. No hay que olvidar que en la actualidad el destino de estos protagonistas se ve abocado de una u otra forma a la reclusión: Manning se encuentra en prisión, mientras que Assange y Snowden están en busca y captura. Este tipo de acciones represivas contribuyen a desequilibrar la correlación de fuerzas, mediatizan el juego de la vigilancia y mandan un claro mensaje de poder. La autoridad despliega así un rótulo de advertencia para aquellos que estén tentados a entrar en este juego. Pero, por otra parte, no es menos cierto que el equilibrio de las estructuras de poder está constantemente sometido a las tensiones de las negociaciones y luchas que los distintos actores despliegan en el tablero socio-político; y es ahí, precisamente, donde la socialización de este tipo de tecnologías inaugura un contexto contingente directamente relacionado con una capacidad sin precedentes por parte de la ciudadanía para la observación, la reproducción y la difusión de prácticas gubernamentales ilícitas.

El 'juego de la vigilancia' es, en definitiva, un 'juego de poder' y de la misma forma que no puede existir democracia sin contrapoderes efectivos, una democracia no puede ser efectiva sin el derecho a ejercer la *contravigilancia*. Tradicionalmente ejercido sobre todo por el cuarto poder, la Prensa, encontramos cada vez más iniciativas ciudadanas que reclaman este

derecho y se sirven de los avances tecnológicos para ejercerlo. Como consecuencia de ello, gobiernos, empresas y estamentos de diversa índole acceden a una coyuntura que exige un reacomodo más frecuente en sus prácticas. Algunas de estas iniciativas en España son, por ejemplo, los distintos proyectos de la fundación ciudadana Civio para incentivar el libre acceso y tratamiento de los datos públicos, la labor de la Red Ciudadana Partido X y su entorno en la investigación y denuncia de la corrupción, o Filtra.la, un espacio similar a Wikileaks que también recoge denuncias por parte de ciudadanos anónimos.

Al otro lado del espejo digital

Sin embargo, pese a todo lo anterior, paralelamente a estas formas vigilantes verticales, bidireccionales, asimétricas y explícitas, se despliega un panorama de control mucho más complejo y sutil que, al ser inmanente a las tecnologías digitales que empleamos para relacionarnos, dificulta su identificación. Deleuze supo bien expresar metafóricamente lo anterior cuando, al comparar las sociedades de control con las sociedades disciplinarias, dijo aquello de que los anillos de una serpiente podían ser todavía más complicados que los agujeros de una topera.¹² Y es que no basta con constatar que el gran teleobjetivo del Gran Hermano gira intermitentemente sobre sí mismo para que podamos ver desde abajo lo que hay arriba; sino que, además, comprobamos que este se ha dispersado en un torbellino de lentes portátiles que no hacen sino relanzar el control sobre lo mundano, sobre 'el otro', sobre lo antaño privado. Estaríamos ante la sofisticación de un proceso normalizador donde la vigilancia directa da paso a un control reticular latente, una suerte de panóptico contemporáneo en el que todos pasamos a ser pequeños *Big Brothers*.¹³ El *collage* de la vigilancia se ve así complicado cuando nos convertimos en un ejército de observadores móviles dispuestos en red y con potestad para controlar parcelas cada vez más amplias de lo que sucede en planos equivalentes al propio.

Más concretamente, el tándem formado por la Web 2.0 y la tecnología móvil define hoy un espacio de comunicación caracterizado por la interactividad, la ubicuidad y la inmediatez; y, de paso, habilita nuevas formas de relación con nuestra información personal y con la de los demás. Este espacio, en principio virtual, impregna de tal forma al espacio físico que son ambos los que conforman ya ese intenso escenario híbrido e hiperconectado en el cual nos relacionamos habitualmente. Convivimos con los otros combinando la red con la calle, el trabajo y el hogar. Habitamos, por tanto, un entorno fusionado donde el perfil virtual que generamos en las redes sociales de internet está continuamente expuesto al *stalked*¹⁴ y ello tiene como consecuencia la alteración de un régimen de visibilidad que resitúa la frontera

¹² G. Deleuze, *Op. cit.*

¹³ L. Melgaço, *Op. cit.*

¹⁴ *Sat/ker*, del inglés, acosador. El término no se aplica literalmente a las redes sociales, sino que hace referencia a revisar el perfil de otra persona, su muro de Facebook, sus comentarios, su TL de Twitter, sus fotos de Instagram...

entre lo público y lo privado. Un régimen que reestructura la privacidad como un asunto anguloso y contradictorio.

Vertemos continuamente información sobre nosotros mismos en la web. Buscadores, plataformas y redes sociales que usan *software privativo* recopilan datos apelando constantemente a la participación de sus usuarios, a que indiquen qué les gusta, expresen opiniones, compartan el máximo de información posible y narren sus vidas. Una suerte de *transparencia radical*, como ha dado en llamar el colectivo de investigación Ippolita.¹⁵ Los perfiles personales de las redes comerciales se asemejan bastante a los edificios de cristal de la novela distópica de Yevgueni Zamiatin, «Nosotros», a través de cuyos muros se podía ver todo lo que la gente hacía en el interior de sus casas.¹⁶

Pero no se trata solo de la información que compartimos conscientemente al configurar nuestro perfil dentro del marco de posibilidades de privacidad que ofrece cada plataforma; se trata también de la *huella digital* que dejamos al navegar. Esto último significa que nuestra experiencia de navegación deja un rastro informático conformado por *cookies, plugins, pixels, direcciones Ip...* Un rastro que es analizado por agencias de datos de comportamiento y redes publicitarias mediante sistemas algorítmicos capaces de visualizar y tratar cantidades masivas de datos, lo que se conoce como *Big data*.

Al igual que ocurre con la vigilancia directa, muchas iniciativas se rebelan frente al rastreo de datos. Encontramos ejemplos tan variados como la Free Software Foundation (FSF), liderada por Richard Stallman; el sistema de navegación anónima The Onion Router (TOR), recomendado por Snowden; o TrackMeNot, una extensión inspirada en las ideas del teórico de la vigilancia Gary T. Marx que oculta el rastro de las búsquedas redirigiendo a pistas falsas.

No obstante, como ha señalado recientemente Michael Bletsas, jefe de computación del MIT Media Lab, las expectativas de privacidad heredadas del siglo XX son cada vez menos realistas.¹⁷ La digitalización masiva de los espacios de comunicación se ha implementado de la mano de herramientas digitales comercializadas por la empresa privada cuyo uso proporciona una serie de ventajas tangibles y sus inconvenientes aparecen solapados. El 'ser digital' que pronosticara Nicolás Negroponte¹⁸ parece haberse consumado en este contexto

¹⁵ Ippolita (colectivo), *En el acuario de Facebook. El resistible ascenso del anarco-capitalismo*, En Clave de Libros, Madrid, 2012.

¹⁶ Y. Zamiatin, *Nosotros*, Tusquets, Barcelona, 1991.

¹⁷ E. Mallol y A. Plasencia, «Debes saber que si un servicio es gratuito el producto eres tú», *El Mundo*, 28 de noviembre de 2014, disponible en:

<http://www.elmundo.es/economia/2014/11/28/547772eee2704e295e8b457d.html>. Acceso: 5 de diciembre de 2014.

¹⁸ N. Negroponte, *Being Digital*, Vintage USA, Random House, 1995.

empresarial y nos encontramos ya inmersos, casi sin darnos cuenta, en una nueva fase de conectividad total.

Así las cosas, el temor a la exclusión del circuito social comunicativo actúa como fuerza magnética que atrae a la participación voluntaria de un control donde, retomando a Deleuze, el *marketing* y la publicidad se erigen como los nuevos aparatos normalizadores que complementan las viejas disciplinas.¹⁹

Las tecnologías que se usan en *Big data* consiguen extraer y combinar gran parte de la información que de una u otra forma proporcionamos y generan perfiles particulares basados en nuestros hábitos de navegación. Generalmente esta información es empleada con fines publicitarios; sin embargo, el caso de Snowden mostró cómo las corporaciones que explotan la web pueden compartir esa información con los gobiernos con total impunidad.

Es precisamente en esta intersección donde la vigilancia parece desprenderse de la necesidad de encierro, y lo hace en favor de un control de la comunicación que contribuye a perfilar el *marco estadístico-normalizador* que modulan las subjetividades de los usuarios de la red.²⁰ En las sociedades de control nuestro reflejo en las pantallas digitales podría asimilarse a un paseo por un laberinto de espejos deformantes que en función de nuestra posición nos devuelve una imagen u otra.

En todo caso, la arquitectura de ese laberinto no deja de ser un diseño fundado en las relaciones de poder que empresas, gobiernos y ciudadanos establecen entre sí. Es decir, hablamos de *una cuestión política* y, como le dijo Humpty Dumpty a Alicia, al final, lo importante es *quién manda*.²¹ Es por ello que, una vez más, tomar prestada la mirada caleidoscópica de Burroughs puede ser un buen reclamo a la comprensión de este *collage* de tecnologías que nos contempla y emprender así conscientemente la responsabilidad política que implica dilucidar en qué forma queremos que lo haga.

<i>Who Controls Control The Men</i>	<i>Controls Who The Men Control</i>	<i>Control Who Men The Controls</i>
<i>Who Controls Men The Control</i>	<i>Controls Who Control Men The</i>	<i>Control Controls The Men Who</i>
<i>Who Controls Men Control The</i>	<i>Controls Who Control The Men</i>	<i>Control Controls The Who Men</i>

¹⁹ G. Deleuze, *Op. cit.*

²⁰ Véase A. Segura, «El pastor, el doctor y el Big Data», *Revista Teknokultura*, Vol. 11, n° 2, pp. 243-257.

²¹ En L. Carroll, *A través del espejo y lo que Alicia encontró al otro lado*, Alianza, Madrid, 2005.